



Incompetencias básicas.

Crónica de un disparate educativo

Península, 2025

El abecé

Hace casi diez años, al culminar el ansiado cambio de la escuela privada a la pública, estuve varios meses en el paro con la esperanza de obtener, de cara a septiembre, una plaza de interino en algún instituto relativamente cerca de casa, aunque fuera a media jornada.

Fue a media jornada, de septiembre a agosto, el curso entero, en un instituto de Figueres.

Ese año los alumnos empezaban un viernes, y yo, a primera hora, a las ocho en punto de la mañana, tenía guardia.

Desde la sala de profesores, una vez que los alumnos ya habían entrado en clase, empecé a oír gritos en el pasillo. Un bullicio que para qué. Alarmado, me acerqué.

Había dos chicas de etnia gitana, primas, que se negaban a entrar en clase. Una se estrenaba en el instituto —en primero de la ESO— y la otra tenía un par de años más. Ambas iban arrojando cuanto encontraban a su paso, insultaban a las conserjes, amenazaban a la jefa de estudios, daban coces a diestro y siniestro, chillaban...

Ante mi atónita mirada, perplejo de ver un espectáculo tan grotesco en mi primer día, totalmente mudo, las chicas debían de sentirse juzgadas, maltratadas, o a saber cómo. La mayor me lanzó un:

—*¿Qué miras? ¡Hijoputa!*¹

«Sobre todo no la toques, Damià —recuerdo que pensé—, sobre todo no la toques...».

Experimenté de una forma muy directa y descarnada, sin filtros racionalizadores, la indefensión a la que estamos sometidos los docentes.

«Cuidado que no te agreda, Damià».

En esta nuestra tierra de «progresismo pedagógico», de papanatismo

¹ En castellano en el original (*N. del t.*).

educativo, ni siquiera puedes insinuar —ya no digamos defender— que maestros y profesores deberíamos tener rango de autoridad pública, que agredir a un docente debería equivaler a agredir a un agente de policía, por ejemplo, o a un policía municipal.

No, aquí debes entender la violencia del alumno, su ira, su desprecio, debes tolerarle todo lo que está escrito, respetar sus derechos y no recordarle que tiene, como estudiante, como persona y como todo el mundo, unos deberes que debe cumplir. Tienes que dejar que el alumno se exprese libre y espontáneamente, para no contrariarlo.

Veinte minutos después, apareció el padre de una de las chicas. «Ahora igual se comportan», pensé. Me equivocaba. En ese momento aún no sabía —ingenuo de mí— que si un alumno en el instituto se comporta de manera irrespetuosa, incluso violenta, en casa debe de ser un auténtico infierno.

El padre, avergonzado, tuvo que soportar los insultos reiterados de la hija y la sobrina, los gritos, la humillación, y dada la imposibilidad de enderezarlas, subió solo las escaleras que llevaban a dirección, cabizbajo, derrotado.

Al volver a los cinco minutos con los papeles de la expulsión bajo el brazo, se llevó a las chicas —o las chicas se lo llevaron a él—; ya a salvo, liberado de la tensión de tener que vigilarlas y de hacerme responsable, me supo mal, fatal. ¿Qué padre decente querría tener una hija que le insultara, que le avergonzara? ¿Cómo puede ser que unas chicas con problemas conductuales severos —problemas que, por otra parte, debían derivar de algún desorden psicológico previo— no estuvieran debidamente atendidas? ¿Cómo llegaron hasta allí? ¿Por qué en este país no se puede hablar abiertamente de los problemas de escolarización de la comunidad gitana? ¿Podemos hacer algo los docentes? ¿¡Qué tenía que ver yo con todo aquello!?

«¿Esto es muy normal en este instituto?», pregunté a varios compañeros.

«No —me contestaron los más curtidos—, suele pasar solo el primer día o la primera semana. Luego ya no vuelven».

Efectivamente, no volvieron. Cada vez que los medios de comunicación hablan de absentismo escolar y publican los datos del fracaso escolar en España, del abandono en la etapa de secundaria, irremediablemente pongo rostro a las estadísticas: pienso en aquellas dos chicas de etnia gitana, en la imposibilidad social, familiar y pedagógica de escolarizarlas de manera convencional y real.

No volví a verlas.

Autenticidad docente

Durante mucho tiempo, he llamado la atención a aquellos alumnos que querían estar sentados en el aula con la gorra o con cualquier otra prenda que les cubriera media cara o directamente todo el cráneo. En general, los alumnos respondían bien, y yo se lo pedía con educación, incluso con un toque de ironía amable, nada hiriente.

Pero al pedírsele, si en clase había una chica con velo —o más de una—, siempre sentía la misma zozobra. Sufría por si el alumno me contestaba, insolente, señalando a su compañera de clase:

—Y esta de aquí, ¿por qué no se quita el pañuelo?

A pesar de figurarme la desagradable escena una y otra vez —le daba vueltas y más vueltas—, afortunadamente nunca me ha pasado.

«¿Qué le habría podido contestar?».

Actualmente, sin embargo, ya no les pido a los alumnos que se quiten la gorra. He desistido, he tirado la toalla. A lo sumo, les digo que estar en el aula con la gorra puesta es de mala educación, y que si algún día deben asistir a una entrevista de trabajo, más les vale presentarse con la cabecita

descubierta si quieren tener alguna posibilidad de ser contratados.

El punto de inflexión llegó hace poco, un día de principio de curso, a finales de septiembre. Hacía un calor sofocante y le pedí a un alumno que, por favor, se quitara la gorra para estar en el aula. Él me respondió, indignado:

—¡Pero si el profesor M. P. entra en clase con la gorra puesta!

Tenía razón.

—¿Y no se la quita para dar clase? —le pregunté yo.

—Depende del día —me contestó él, seco y rotundo.

Enmudecí. Prefiero no hablar de otros profesores con los alumnos. Visualicé al profesor en cuestión: lleva vestimenta alternativa y los primeros días de septiembre suele presentarse en el instituto con chancletas, bañador y gorra. No diferencia entre reuniones formales, informales y clases con alumnos. Él siempre viste igual. Es un profesor auténtico; inconsciente y trágicamente auténtico. Incapaz no ya de aprobar unas oposiciones, sino de presentarse con un mínimo de garantías, de coherencia y de dignidad, a menudo falta en el trabajo —sobre todo los lunes— y el resto debemos cubrirle las guardias. Y siempre la misma historia, año tras año, curso tras curso.

De talante depresivo, inmaduro, sin hijos, fuma porros compulsivamente. De vez en cuando se deprime por algún desengaño amoroso —o porque su último ligue le ha dejado, como un adolescente— y no se presenta al curro. Una persona sin voluntad, a la deriva, incompetente para la docencia —y seguramente para cualquier otra labor con un mínimo de exigencia y formalidad—, una persona carente de proyecto vital sólido, emocionalmente inestable.

Da un poco de lástima, pero se trata de una lástima muy humana, demasiado humana, una realidad que los alumnos suelen oler de una hora lejos y se aprovechan. Podéis dar por sentado que se aprovechan: con él —

y con tantos otros profesores que disimulan la incompetencia con (mucho) laxitud—, nunca suspende nadie. Actualmente solo da cursos de la ESO, grupos sin demasiado compromiso, de esos por los que nadie se preocupa demasiado.

No, no es mala fe. Sencillamente son docentes que no están a la altura. No se dan cuenta —o no quieren darse cuenta— de la responsabilidad que tienen para con los alumnos. Y claro, ¿qué vas a decirles? Después de haber probado suerte en la empresa privada y de haber fracasado, ven en la docencia la salida «fácil», pues el sistema acepta a todo el mundo —es de lo más inclusivo— y la gente tiene derecho a ganarse la vida. Él no hace nada ilegal. Además, ¡qué caray... si faltan docentes! ¡Faltan muchos!

Pero a diferencia de lo que suele pensar la mayoría, no hace falta una gran vocación para hacer bien este trabajo. Solo hace falta ser competente, como en cualquier otro oficio, con o sin gorra.